

EOS, EL ÚLTIMO SECRETO

Raúl Ortega

1

Nuestra historia comienza en una oficina renoniana. Una como otra cualquiera. En ella, un joven terrícola, de pelo oscuro y rizado y ojos cubiertos por varias capas de ojeras tecleaba con desgana los pulsadores de la computadora que tenía enfrente, pensando en qué perdería el tiempo ese mismo día al llegar a casa. A su lado se encontraba Harfief, intentando molestarle.

—Mira, Nick —dijo su compañero de trabajo mientras levantaba y estiraba el brazo derecho, a la vez que colocaba sobre la comisura de sus labios el dedo índice, imitando lo que parecía ser un pequeño bigote.

—Ese señor causó la muerte de mucha gente en mi planeta, Harfief. Lo considero algo ofensivo —protestó Nick.

—Pues cuando recibimos vuestro mensaje aquí en Renon pensábamos que se trataba de publicidad de algún club de estriptis del sector 69X —reculó el otro joven, de piel y cabello cian.

Y lo cierto es que, a pesar de tener pocas luces, aquel chico no mentía. Por azares de la suerte, la señal de la transmisión de los Juegos Olímpicos de Berlín del año 1936 acabó en manos de una aficionada a la radiofonía de Renon llamada Jollie. Después de una larga meditación, Jollie decidió enviar la grabación que había capturado al delegado de Gobierno de su ciudad, el cual solo necesitó ver durante tres segundos el uniforme de Hitler para archivarlo en la bandeja de correo no deseado, al grito de «¡Otra vez los putos daltorianos!». Allí permaneció inadvertido durante meses, hasta que la supuesta participación del delegado en una trama de tráfico de animales exóticos hizo públicos todos sus correos. A partir de ese momento, la existencia de la Tierra fue ganando cada vez mayor popularidad entre los renonianos, hasta alcanzar su punto más álgido cuando el explorador Refried Zeim decidió que era hora de conocer a esos «famosos terrícolas de los que tanto se habla».

—Además, mi prima de Dáltor jura que untó de aceite las nalgas del tipo del bigote en su despedida de soltera —concluyó Harfief.

Nick asintió con apatía y siguió tecleando a ritmo cansino, mientras pensaba perdidamente en la Tierra. Había abandonado todo hacía un año: su planeta, su familia, sus amigos e incluso su nombre.

Nicholas Diamond le pareció un nombre más *cool* para un aventurero galáctico que José Luis Poveda, y mucho más que Pepelu, como así le llamaban en Lentejos de Abajo, su pueblo. Por desgracia para él, no fue hasta haber introducido su nuevo nombre en el Registro Civil Galáctico cuando descubrió que Nicholas Diamond por algún motivo significaba «excremento fresco y extremadamente oloroso» en citadelo, la lengua oficial del Imperio. Sin embargo, aún no había tenido agallas de ir a cambiarlo, en parte por los

dos mil chens galácticos que costaba cualquier trámite burocrático, pero sobre todo porque todo el mundo se dirigía a él como Nick, que significa «hombre apuesto» en ese mismo idioma.

—Harfief, ¿qué pensaste cuando le hicimos *eso* a aquel renoniano? —preguntó con timidez Nick.

Harfief se tomó varios segundos de reflexión antes de responder:

—Al principio me enterneció que fuerais una especie tan poco avanzada, pero luego vi que estabais chiflados y me asusté.

Y razón no le faltaba. Cuando la enorme nave del famoso descubridor de mundos Refried Zeim se asomó a través de la estratosfera de aquel planeta recóndito autoproclamado como *La Tierra*, toda su civilización quedó paralizada. Sus dirigentes comenzaron entonces a entablar conversaciones infructuosas acerca de cuál de los cientos de protocolos de actuación que habían diseñado a lo largo de los años habría que ejecutar. Cuando quisieron darse cuenta de que ninguno de ellos tenía el más mínimo sentido, Refried se encontraba ya lanzando su mensaje a la humanidad:

—Queridos terrícolas, les habla Refried Zeim, del planeta Renon, sector 36C de la Vía Láctea. Me gustaría, antes de nada, transmitirles un mensaje de paz y concordia de parte de todas las especies que conforman nuestra amada galaxia...

Antes de que Refried pudiera constatar que nadie en la faz de aquel planeta dominaba el citadelo, media docena de cabezas nucleares se habían abierto paso hacia su nave. Esto causó un gran revuelo en la galaxia, la cual había logrado convivir en paz dentro del Imperio durante más de tres mil AGEs¹. Por suerte, la nave de Refried sobrevivió al envite gracias al potente escudo de iones que llevaba incorporado para evitar el atraco de piratas galácticos, y pudo regresar a Renon sano y salvo.

A los dos días de aquel suceso, una nave del Imperio con varios diplomáticos expertos en la Tierra —o eso presumían ser en su currículum— aterrizaron en Fríes, una aldea al norte de Asturias, España. Tras intentar conversar durante varios minutos con una vaca, con el único resultado de un desagradable lametón, los diplomáticos decidieron probar a hacerlo con alguna otra especie que demostrara más inteligencia. Visitaron la casa de una anciana autóctona, que enseguida les sirvió unas contundentes raciones de fabes mientras mascullaba que tenían «muy mal color» y que «comiesen antes de que se enfriara». Sin embargo, aquel grupo de emisarios de piel azulada decidió huir del lugar a la tercera cucharada, después de que la anciana les amenazara con un segundo plato. Finalmente, tras horas de estéril búsqueda del líder de la humanidad, acabaron dejando una carta en el buzón de una casa grande y blanca de Washington DC, aclarando que «sentían mucho las molestias», y que «mantendrían el contacto», justo antes de volver a la Ciudadela Imperial.

—Me cuesta creer que después de tanto tiempo observándonos no nos hubiéramos dado cuenta de vuestra existencia hasta que aquella nave apareció.

—La verdad es que es extraño, teniendo en cuenta que tenéis un restaurante Tía Loli

¹ Año Galáctico Estándar, unidad de medida adoptada para cuantificar el paso del tiempo en toda la Vía Láctea a excepción de su centro, donde aún no ha dado tiempo a sincronizar los relojes. Equivaldría a 423 días en la Tierra, o a media tarde aguantando a Harfief.

a menos de diez años luz. ¡Qué buenas están sus hamburguesas de cangrejo fluseno, joder!

—Pues no las he probado aún.

—Joder, Nick, ¿y qué cojones hiciste cuando saliste de la Tierra?

Nick comenzó a pensar en su salida de la Tierra, y en cómo acabó siendo bastante más traumática que cuando se la planteó a sí mismo. Al día siguiente de recibir la carta del Imperio, la Casa Blanca decidió ponerse en contacto con la Ciudadela Imperial, siguiendo las instrucciones que había escritas en ella. Se precisó de la ayuda de los mejores físicos, ingenieros, matemáticos, lingüistas y diseñadores de muebles del planeta. Tan solo una semana después, se realizó la primera comunicación con el Imperio Galáctico por parte de la Tierra y, diez días más tarde, cientos de naves aterrizaron nuevamente en son de paz. Fue entonces cuando Nick decidió que quería marchar en una de ellas para vivir aventuras.

—Mamá, papá, me voy —anunció sin miramientos a sus progenitores.

—¿Vas a volver para cenar? —preguntó su padre.

—No, papá. Me voy para siempre. Me voy de la Tierra.

—Pues ponte una rebequita, hijo, que afuera refresca —respondió su madre, sin retirar la mirada del televisor.

Así fue cómo Nick acabó en una nave diplomática renoniana, en busca de un viaje sin vuelta atrás a los confines de la galaxia.

—Creo que en algún momento tomé una mala decisión —confesó Nick a su compañero, agachando la cabeza mientras pensaba en cómo esas aventuras galácticas habían pasado a ser un trabajo de oficina cercano a la esclavitud en un planeta inhóspito como Renon.

—Bueno, aquí en Renon por lo menos tienes un empleo. No te preocupes, algún día podrás comprar tu propia nave y ser un aventurero —le susurró su compañero, sin poder contener la risa.

Una tarde más, Harfief había conseguido sumir en la desolación a Nick durante el resto de su larga y sufrida jornada laboral.

2

Cuando el reloj de su ordenador marcó la hora de salida, Nick escapó del edificio de cristales tintados donde trabajaba. Nada más pisar la calle, tuvo que cubrirse los ojos con ambas manos. A pesar de llevar ya un año en aquel lugar, la luz de los tres soles que iluminaban cada rincón del distrito comercial de Distro, la ciudad más grande y con mayor densidad de población del planeta, le seguía espantando, y las treinta y seis calurosas horas que duraba el día, incluso más.

—Hasta mañana, aventurero —se despidió con sorna Harfief, mientras hacía de nuevo el saludo nazi.

Nick obvió el comentario de su compañero y siguió avanzando por la avenida llena de cabezas azules y americanas blancas que lo llevaban hasta el metro.

Ser el único homínido en kilómetros a la redonda le convertía en foco de atención

para los más curiosos, lo que le ponía de una mala uva considerable. Nick enseguida trató de distraerse con algo, y acabó concentrándose en los alargados y finos árboles que acompañaban su camino hacia la boca del metro. Sus copas plateadas, perfectamente recortadas y rodeadas por mamparas de metacrilato, le transmitían la paz que necesitaba en ese preciso instante. Respiró hondo, se ajustó los cascos al oído y puso a reproducir *Space Oddity*, de David Bowie. Al escuchar los primeros acordes de guitarra, Nick empezó a andar al ritmo de la música, tratando de cazar las notas en el aire como si de luciérnagas en una noche de verano se trataran.

La conversación entre la Tierra y el mayor Tom viajaba por sus venas y bombeaba su corazón hasta hacerle creer que su decisión de salir de su planeta natal no había sido un error. En ese momento se sentía uno con la canción, evadiéndose hasta tal punto del exterior que fue incapaz de ver cómo un renoniano se dirigía sin remedio hacia él.

El impacto hizo que la música se detuviera de golpe y que ambos acabaran en el suelo. El renoniano, de rasgos afilados, miró a Nick con cara de pocos amigos, se ajustó el cuello de borrego de su chaqueta bómbier y se levantó con presteza.

—¡Mira por dónde vas, idiota! —bufó antes de emprender de nuevo su camino.

Nick se sacudió los pantalones de lino gris de su uniforme y se irguió a duras penas, expeliendo en el proceso un débil gruñido. Se encontraba algo aturdido, y le dolía un poco el hombro izquierdo, pero eso no le impidió continuar su camino hacia el metro. Estaba cansado y tenía ganas de llegar a casa.

Siguió avanzando entre el tumulto, tan absorto en sus pensamientos que no fue hasta llegar a las escaleras mecánicas cuando se dio cuenta de que sus cascos habían dejado de funcionar. Los golpeó varias veces con la palma de su mano, pero seguían inoperativos.

—No me jodas... —murmuró, pensando en el largo camino que le quedaba hasta su apartamento, sin ningún tipo de distracción.

Sin dejar de avanzar hacia el andén, Nick introdujo su mano en el bolsillo, en busca de su reproductor de música, para apagarlo. Después de un breve reconocimiento, se dio cuenta de que el problema no eran los cascos, sino que ya no tenía su reproductor.

Nick se llevó la mano a la frente y se acarició el sudor. Trató de darse la vuelta, pero una nube de oficinistas lo empujó hacia el tren que acababa de llegar a la estación. El tumulto lo incrustó en una esquina del vagón, donde enseguida acabó rodeado por los típicos maletines de piel gris² que se veían por todo el distrito comercial de la ciudad. Agazapado y sin posibilidad de respirar más que lo necesario para sobrevivir, se lamentó una vez más por haber perdido su reproductor. Era lo único que se había traído de su planeta: un MP3 antiguo que tenía guardado su madre en una alacena bajo varias servilletas de tela, y al que, debido a su limitado almacenamiento, había podido meter veinte canciones contadas, además de las cuatro o cinco que tenía desde que se lo regalaron por unas Navidades, cuando tenía tan solo diez años. Debido a lo impetuoso de su salida, aquello era el único lazo que mantenía con su antigua vida, y haberlo perdido

² Se trataba de una piel áspera y nada agradable a la vista, pero la industria peletera de Distro tuvo a bien dar uso a la plaga de ranas calvas plateadas de Marchatawa que había sufrido la ciudad tan solo dos años atrás. También quisieron aprovechar la piel del delegado de Gobierno que causó todo aquel desastre, pero las autoridades acabaron por intervenir antes de que lo despellejaran en la Plaza Mayor.

le hizo sentir una profunda tristeza.

Al pasar por el distrito costero de Distro, los maletines que lo ahogaban y empujaban pasaron a convertirse en tablas de surf, trajes de neopreno y botes industriales de crema solar. Tras observar un día más la arena rojiza de la playa a través de la ventanilla del tren, Nick se dio cuenta de que aquella ciudad, del tamaño de un país mediano de la Tierra, no había conseguido llenarle lo más mínimo.

Distro no dejaba de ser una metrópolis más, con sus decenas de millones de habitantes, sus centros comerciales, sus restaurantes de comida rápida, su transporte público abarrotado y su contaminación acuciante. El ciudadano prototípico de Distro — y por extensión, de cualquier otra megaciudad del Imperio Galáctico— era alguien solitario, con problemas de gestión de la ira y cuya mayor aspiración era conservar su vida —o su empleo, si había suerte— hasta el día siguiente. Por fortuna, ese mismo frenético y desalentador ritmo de vida era, precisamente, el que les permitía disfrutar todas las semanas de la compra de algún ingenioso artilugio recién salido al mercado. No obstante, después de las primeras horas de uso, lo más habitual era que la ilusión por aquellas maravillas de la tecnología se transformara en un profundo sentimiento de desengaño porque, en el fondo, ¿quién narices necesita un pelador de patatas eléctrico?

Nick no intuyó nada de esto cuando aterrizó en el astropuerto de Distro. Si a alguna conclusión le había llevado su anodina existencia en la Tierra, era que la vida tenía que ofrecerle algo más, aunque tuviera que irse lejos de allí. Cuando se embarcó en aquella nave diplomática tuvo por primera vez claro cuál era su mayor sueño y aspiración, y nada le haría cambiar de parecer: convertirse en aventurero galáctico. Sin embargo, al llegarle su primera nómina en Renon se dio cuenta de que había apuntado demasiado alto. Era imposible hacerse con una nave, y mucho menos sobrevivir en el espacio profundo durante largas temporadas, sin dejarse varios miles de chens en latas de conserva. Y encima en ese momento acababa de perder su reproductor de música, lo único que le permitía volver, aunque fuera mentalmente, a su casa.

3

Después de tener que lidiar durante cerca de media hora con las abultadas mochilas de montañero de los trabajadores del gran monte de espuma de Distro Sur, causado por los residuos de una antigua fábrica de patinetes eléctricos, Nick llegó a su parada. Al bajarse y dar un par de pasos en su barrio observó con desidia el bloque de pisos donde se encontraba su apartamento. Había conseguido obviar con bastante esfuerzo aquella autopista que atravesaba el edificio justo en su parte central, pero no tanto el ruido que causaba el reactor nuclear de su azotea, y mucho menos el cartel publicitario del restaurante Tía Loli que no paraba de lucir en toda la noche. Aquel alquiler a las afueras de la ciudad era lo único que se podía permitir con su sueldo, y ni siquiera le dejaba margen para ahorrar y salir de aquel dichoso planeta.

Nick inclinó la cabeza, y avanzó apesadumbrado sobre las baldosas de cemento que le llevaban hasta su portal. Después de subir en el ascensor, atravesó el largo pasillo decorado con pinturas callejeras que llevaba hasta la puerta de su apartamento, justo al

lado de una enorme pintada en la que se insultaba a algún malnacido llamado Fesh Grashiatter. Sacudió con desgana la suela de los zapatos contra el felpudo y extrajo su tarjeta de residente. Tras pasarla por el lector, dio un intuitivo paso hacia delante, pero la puerta se interpuso en su camino, acompañada por el sonido de una sutil bocina.

Sin bajar la mirada, Nick volvió a colocar su tarjeta sobre la pequeña pantalla que descansaba sobre el picaporte. Como era de esperar, la pantalla emitió de nuevo una luz roja y el mismo desagradable zumbido que indicaba que algo iba mal. Nick puso los ojos en blanco y suspiró amargamente, pensando en los treinta y seis pisos que le separaban de la garita del conserje. Era la tercera vez en esa misma semana que le tocaba bajar a que le reiniciaran la tarjeta.

Al retroceder notó algo molesto colgando de la suela de sus zapatos. Sostuvo su rodilla derecha con las dos manos, y despegó de su calzado un folio unido a una fina y sucia tira de celofán. Desconcertado, se acercó a los ojos las letras grandes y apaisadas que ocupaban la mayor parte de la hoja, a la vez que se llevaba poco a poco la mano hacia la boca.

*Estimado inquilino del apartamento n° 2142,
Este es un breve recordatorio de que a partir del día 13, la tarifa diaria de alquiler pasará de 25 chens a 30.*

*Muchas gracias por su colaboración,
La Alianza Propiedades.*

—No me jodas...

A Nick le habían subido el alquiler. Otra vez. Ya iban tres subidas en el escaso tiempo que llevaba allí, y en todas ellas tenía que haber hecho algún sacrificio para poder permitírselo. En la primera había sustituido cenas copiosas por un yogur. En la segunda había decretado que el yogur fuera de marca blanca. Con esta última tendría que plantearse si cenar todos los días era estrictamente necesario.

Nick observó la puerta con animosidad. Aquel trozo de madera lacada parecía lo suficiente enclenque como para que alguien con fuerza la tirara abajo. Contempló entonces sus brazos, aún más raquíticos que la puerta, y agachó la cabeza, abatido. El lector de tarjetas mostró entonces un mensaje con el mismo ominoso color rojo: **INTRODUZCA 5 CHENS O ESPERE PACIENTEMENTE AL EQUIPO DE DESALOJO.**

El mensaje parpadeaba, junto a una graciosa figura que parecía representar a un individuo fornido pateando a un débil y desahuciado arrendatario. A su lado, un contador marcaba que quedaban unos diez minutos hasta que se produjese el desalojo. Angustiado, Nick comenzó a menear su bolsillo izquierdo, en busca de la cartera. Después de una breve y agitada exploración, consiguió extraer su billetera, pero con ella cayó al suelo un objeto más. Por un momento sus ojos se iluminaron, al pensar que se trataba de su MP3. Por desgracia, lo que finalmente recogió del suelo fue una cajita azul cobalto, algo más pequeña que la palma de su mano, envuelta por un fino ribete dorado.

Nick la palpó perplejo, tratando de encontrar una explicación coherente a cómo había acabado esa cosa en su bolsillo. Quizás llevaba en el pantalón de su uniforme desde que se lo entregaron, y no se había percatado de ello hasta ese momento. Puede que se

tratase de un obsequio para nuevos empleados, o el embalaje de un lápiz de memoria.

O tal vez...

O tal vez se trataba de una broma pesada de Harfief.

Nick tembló, recordando aquella vez que su compañero le llenó de globos de agua su cajonera, y tuvo que pasarse la tarde secando al sol los reportes de trabajo de los dos meses anteriores. O cuando coló una rana calva plateada de Marchatawa en el cuarto de baño de la oficina mientras hacía de vientre. O cuando...

El lector lanzó un agudo pitido, indicando que quedaban tan solo nueve minutos para introducir los chens que faltaban por abonar del alquiler, antes de que unos trabajadores de la Alianza se encargaran de representar en carne y hueso la misma escena que se mostraba en la pantalla de tres pulgadas que tenía delante. Nick negó con la cabeza, sacó su último billete de cinco chens de la cartera y lo insertó en una diminuta hendidura sobre el lector, que se lo tragó a la misma velocidad que las esperanzas del terrícola en poder comer algo que no fuera arroz durante lo que quedaba de mes.

La pantalla mostró un complacido color verde, y Nick finalmente pudo entrar a su apartamento. Al hacerlo, se dejó caer exhausto tras la puerta, deslizándose por la madera, mientras se cubría la cara con la hoja que había recogido del suelo. Después de sorberse los mocos un par de veces para evitar que se le cayesen las lágrimas, Nick encontró tumbado en el andrajoso sofá de escay granate del salón a E1000-IO, su robot asistente.

—¿Quién es? —preguntó a los pocos segundos E1000-IO.

El robot estaba limpiando sus dedos de titanio llenos de salsa cheddar sobre la camiseta de tirantes blanca que llevaba puesta.

—¿Quién coño va a ser, Emilio? —bufó Nick—. ¿Y qué haces con mi camiseta de hacer deporte?

—Ah, hola, Nick —murmuró E1000-IO, sin dejar de mirar la televisión.

Nick le observó por unos segundos, antes de suspirar y negar con la cabeza. Después de ponerse de nuevo de pie, dejó sobre la encimera de la cocina la cajita que había encontrado en su bolsillo, y avanzó por el pasillo en dirección a su cuarto, sin apartar la mirada de encima del folio que narraba la subida de su tarifa de alquiler. Nick solo podía pensar en aquel instante en dónde iba a encontrar un apartamento más económico que aquel cuchitril del mismo tamaño y olor que un sótano abandonado.

Deseando quitarse su uniforme de trabajo empapado en sudor, Nick siguió avanzando con el folio entre las manos, sin reparar en la montaña de ropa sucia que se erguía justo delante de él. Su andar pesado y abatido hizo que tardara unos segundos en chocar con ella, pero cuando lo hizo, acabó rodando por el suelo.

—¿En serio no has puesto la puta lavadora? ¡Te lo he recordado esta misma mañana!

—¿El qué? —masculló E1000-IO, sin prestar atención.

—La lavadora, la lavadora...

Sentado de rodillas en una esquina de la cocina, Nick comenzó a separar la ropa por colores y a meter las más oscuras al tambor. Cegado a partes iguales por el cartel rojo de Tía Loli y por los destellos de luz de la tele en la que E1000-IO zapeaba a toda velocidad, en la cabeza de Nick solo cabían pensamientos de desaliento. Además del problema del alquiler, acababa de llegar de una dura y larga jornada de trabajo, y ahora le tocaba seguir

haciendo las cosas que le había encargado a su robot asistente. Seguramente tampoco habría barrido la habitación como le había ordenado, y mucho menos le habría preparado la comida del día siguiente. «Tenía que haberlo devuelto cuando aún estaba en garantía», pensó, justo en el momento en el que algo en la televisión le llamó la atención.

—¡Emilio, vuelve al canal de antes!

—¿El qué?

—¡Dame el mando, pedazo de chatarra inútil!

—Eso ha sido ofensivo, ¿sabes? —respondió E1000-IO, antes de entregárselo.

Nick cambió de canal, hasta toparse de nuevo con un primer plano de una pequeña y delicada caja azul cobalto.

—El medallón habría sido sustraído esta misma mañana durante una visita escolar al Palacio Imperial —anunció la redactora de las noticias, justo cuando se mostraban imágenes de una vitrina de cristal vacía rodeada de una decena de fotografías haciendo resplandecer sus flases.

Nick se giró hacia la encimera de la cocina muy despacio. En la pantalla apareció entonces el rostro de un renoniano de nariz puntiaguda, cejas gruesas y frente arrugada.

—Según denuncia la Alianza, el autor del robo habría sido Wregien Teik, un conocido ladrón de joyas con numerosos antecedentes por robos a pequeña y media escala.

La imagen del ladrón se disolvió para dar paso a otro renoniano, mucho más mayor, ataviado con una túnica blanca con flecos dorados y una especie de tuberías plateadas sobre la cabeza. Un rótulo en la esquina inferior derecha indicaba que su nombre era Ipniyet Decimosexto, y su profesión, emperador.

—¿Qué decías que habíamos perdido? —susurró el emperador a alguien al otro lado de la cámara, mientras agitaba su mano arrugada y temblorosa—. Ah, sí. Esa cosa que había junto al salón de invitados. De estas gilipolleces debería encargarse Ipniyet júnior... ¿Qué? ¿Estamos grabando ya?

El noticiario devolvió rápidamente la conexión con la presentadora, que sostuvo una sonrisa forzada durante varios segundos de incómodo silencio.

—Desde la casa imperial nos indican que el emperador otorgará una generosa recompensa a aquellos que proporcionen información sobre el paradero de tan preciado objeto. —La presentadora giró el cuello en dirección a una nueva cámara—. En otro orden de cosas, los mundiales de bádminton sobre hielo dieron comienzo en Rasabloto...

Nick dejó de prestar atención a la televisión. Se encontraba de pie junto a la caja azul que había encontrado en su bolsillo. Durante unos segundos la examinó desde una distancia prudencial, pero enseguida acabó asiéndola entre sus manos.

Ató cabos. No había duda, tenía que ser él; aquel fugado de la justicia era el renoniano con quien había chocado, y la caja que tenía delante era el objeto que pertenecía al emperador. Nick sentía su corazón latir con fuerza a la altura de la garganta. Más aún cuando el objeto se resbaló entre sus manos sudadas. Al intentar evitar que se precipitara contra el suelo de azulejos negros de la cocina, Nick agarró la cajita por una ranura, haciendo que esta se abriera junto a un desalentador crujido.

Después de una larga exhalación, y tras constatar que la caja no había sufrido daños,

decidió abrirla del todo, desvelando en su interior una fina cadena dorada acostada sobre una minúscula almohada blanca. Al extraer la cadena de su estuche, notó cómo su tacto era tan suave que casi se deshacía en sus manos. De uno de sus extremos colgaba una esfera llena de luz, atrapada por decenas de ramificaciones de acero, que se unían en un único tallo alargado en su centro. La esfera, lejos de ser una burda gema incrustada en medio de aquel medallón, parecía tratarse de una partícula de energía que intentaba escapar desesperadamente, en forma de rayos azules, a través de los resquicios de aquella diminuta pero intrincada jaula en forma de árbol. Los rayos se agitaban y retorcían, chocando los unos con los otros en aquel minúsculo espacio, como si fueran un banco de pirañas atorado en un vial de sangre. Era una joya tan hermosa que Nick no dudó ni un momento en ponérsela sobre el cuello.

Para su sorpresa, a pesar de su considerable peso, la esfera se quedó flotando a escasos milímetros de su pecho, como si una fuerza invisible la empujara hacia arriba. La observó más de cerca, haciendo que sus labios se tiñeran de luz azul, justo antes de que uno de sus rayos escapara en dirección hacia sus pupilas. El fulgor lo cegó durante varios segundos, y lo mareó hasta tal punto que tuvo que dar un par de pasos hacia atrás y apoyarse en el marco de madera de la entrada principal.

—¿Por qué cojones tienen que ponerle luces de colores a todo? —farfulló, tratando de recuperar la vista entre las enormes manchas rosáceas que se imprimían sobre su retina.

Cuando pudo reabrir los ojos, se descubrió acariciando la fina cadera de oro que envolvía su cuello. Una tímida sonrisa se dibujó en su cara. «Al fin algo me sale bien», pensó.

—Emilio, vamos a poder comprar yogures de los buenos otra vez —musitó, con los ojos humedecidos.

Justo cuando se disponía a retirarse el medallón para guardarlo de nuevo en su cajita, un fuerte golpe en la puerta hizo que se le congelara el corazón. Nick tiró del collar hacia arriba para retirárselo, pero la esfera empujaba de él hacia abajo. Los nervios comenzaron a adueñarse de él al comprobar, tras un segundo intento, que la joya era incapaz de desprenderse de su cuello. Una nueva tromba de golpes sobre la entrada del apartamento hizo que sus piernas temblaran.

—Abre, Nick —murmuró E1000-IO, sin apartar la mirada del televisor.

—¡Podrías abrir tú! Yo estoy intentando quitarme...

Otra ronda de golpes en la puerta le interrumpió.

—Hay un timbre, ¿sabes? No hace falta dar esos porrazos...

Nick se asomó con cuidado por la mirilla sin soltar el medallón atorado a su cuello. Al otro lado se encontró con el rostro achatado de un renoniano. Su mirada enfurecida y sus rasgos afilados le resultaban familiares. Sin embargo, no fue capaz de identificarle hasta ver un arma de fuego apuntando en su dirección. Nick dio entonces varios pasos largos y lentos hacia atrás, hasta quedarse tieso como un adoquín en medio del pasillo de su apartamento, confiando en que el renoniano no hubiera escuchado el resto de sus anteriores movimientos. Sus ojos se abrieron tanto que casi se superpusieron a sus ojeras.

—¡Sé que lo tienes ahí! ¡Me lo está diciendo el detector! ¡Abre! —gritó una voz áspera y grave al otro lado—. ¡Abre o tiro la puerta abajo!

Nick seguía bloqueado. El tipo que había robado la joya estaba allí para recuperarla. Quiso gritar, pero su garganta solo pudo exhalar un ridículo hipido.

—Tú lo has querido —dijo aquel hombre, justo antes de tomar carrerilla.

Su hombro impactó con fuerza contra la puerta de madera blanca que tenía enfrente, haciendo que cayera a plomo justo delante de Nick. El renoniano se sacudió la chaqueta y observó al terrícola, que seguía petrificado. No tardó ni dos segundos en agarrarle del cuello de la camisa, levantándolo dos palmos sobre el suelo, hasta ponerlo a su altura.

—¿Dónde lo tienes?

—¿El-el-el qué?

—No juegues conmigo, homínido.

—Enséñaselo, Nick —dijo de pronto E1000-IO, mientras cambiaba perezosamente de canal.

Nick salió del bloqueo, y tiró de la cadena hacia arriba con el pulgar. Unas migajas de luz procedente de la esfera se filtraron bajo su camisa del trabajo. Aquel matón mostró los dientes e intentó arrebatarse la joya con saña, pero enseguida se dio cuenta de que una fuerza invisible la devolvía al instante al pecho de Nick. Después de un par de bruscos intentos más, se dio por vencido y devolvió al terrícola al suelo.

—¿Qué coño le has hecho? —preguntó entre dientes—. ¡Quítatelo!

—No... no puedo —respondió Nick, desesperado—. Lo he intentado, pero es imposible.

El renoniano, después de analizar al terrícola de pies a cabeza, lanzó un largo suspiro. Su rostro enfurecido parecía haber cambiado de pronto a uno de desaliento. Sin tiempo para que Nick se hiciera a la idea, se vio de pronto sobre el hombro de aquel bruto, como si de un saco de patatas se tratara, en dirección al exterior de su apartamento.

—¡Emilio, llama a la Policía! —pudo gritar antes de que su secuestrador le tapara la boca con la mano y le introdujera a la fuerza en el asiento trasero de un aerodeslizador.

—¿El qué? —farfulló el robot, distraído mientras veía los mundiales de bádminton sobre hielo del planeta Rasabloto, en el sector 16D.

Cuando Nick se terminó de revolver sobre el asiento hasta sentarse, el aerodeslizador comenzó a acelerar.

SI QUIERES SEGUIR LEYENDO, RESERVA TU EJEMPLAR EN

elultimosecreto.com/eos.

¡MUCHAS GRACIAS!

Este extracto es una muestra gratuita de los primeros tres capítulos de *Eos, el Último Secreto* de Raúl Ortega.

Queda prohibida la copia, reproducción, redistribución o publicación sin autorización expresa del autor.

El uso no autorizado puede constituir una infracción de derechos de autor.